

La Adoración Evangélica IV

Pastor Oscar Arocha

21 de Junio, 2009

[Iglesia Bautista de la Gracia](#)

Santiago, República Dominicana

Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren Juan.4: 24

Quisiera iniciar esta parte de nuestro estudio leyendo esta porción: “La hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren. Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren.” (v23-24). De aquí podemos decir con certeza que la verdadera adoración evangélica es de poco peso en asuntos externos o visibles, sino que más bien es adoración espiritual y racional; del corazón, de índole esencialmente interna, con el alma, más que la postura del cuerpo, aun sea la corporal atractiva, hermosa o impresionante, y la razón es que Dios es Espíritu, y si hemos de tener comunión con El ha de ser necesariamente en el mundo de lo invisible o espiritual, de lo escondido a los ojos del hombre, pero real a los ojos del Señor. Nada es admitido en Su Santa Presencia que no sea espiritual. Vista esta realidad en el mundo que nos ha tocado vivir, entonces la adoración será de por sí escasa y difícil, pues vivimos bajo el asedio de la enorme y terrible influencia de la apariencia y no tanto de la esencia.

¿Qué hemos estudiado en este tema de *La Adoración Evangélica*? Ahora mismo estamos viendo lo tocante a La Esencia de la Verdadera Adoración. Se vio el aspecto negativo, el falso no ha nacido de nuevo y la asocia con actos externos. Y en lo positivo, que la verdadera se compone de dos partes, una interna, y otra externa, adora y servir al Creador. Lo interno consiste del amor y reverencia que debemos al Grande Nombre del Creador, y lo externo las gracias y dones que nos ha dado para honrarle. La vez anterior se dijo que la adoración cristiana es poner el intelecto humano bajo la luz de la hermosura y la infinita grandeza de Dios; aun siendo con el alma incluye la postura del cuerpo. Es un acto de fe, o que sin Cristo toda adoración es muerta. Por último se diferencié la adoración racional o humana, de la espiritual o divina. La adoración a Dios es por naturaleza deleitosa, pero no toda adoración alegre es divina.

II. LA ESENCIA DE LA ADORACIÓN EVANGÉLICA (CONT.)

La adoración es en humildad. Es cierto y así fue probado, que la adoración al Señor es de por sí deleitosa, y agregamos, alegre con un corazón humilde, dicho de otro modo, que la alegría no disminuya la reverencia en el corazón del adorador. Cuando se lee en el AT las revelaciones tocantes al carácter de Dios podrá notarse una marcada diferencia con el Dios del NP. Antes hubo manifestaciones con mucho de terror, pero ahora no es tanto así, sino más espiritual; pero tanto en aquella dispensación como en la presente el sentido de reverencia no varía, es el mismo. Dos textos lo dicen: “En pos de Jehová caminarán; él rugirá como león; rugirá, y los hijos vendrán temblando desde el occidente.” (Ose.11:10). Y ahora es así: “Sirvamos a Dios agradándole con temor y reverencia.” (Heb.12:28). De manera, que tanto en el AT como en el NT la reverencia en la adoración es similar. Dios es espíritu, y hemos de adorarle espiritualmente; adema es el Espíritu supremo, entonces debe ser reverente, pues la distancia entre el Creador y las criaturas es sencillamente infinita. Oigamos como Salomón lo particulariza: “No te des prisa con tu boca, ni tu corazón se apresure a proferir palabra delante de Dios; porque Dios está en el cielo, y tú sobre la tierra; por tanto, sean pocas tus palabras.” (Ecle.5:2). Esto es, que al adorar a Dios procuremos ser consciente que El está infinitamente arriba, y nosotros profundamente abajo, y mientras más consciente seamos de esa distancia, más espiritual será nuestra adoración.

La humildad. De lo dicho anteriormente se desprende que la humildad cristiana es hija de la

reverencia al Señor. La palabra que usa el NT para adoración (Gr. Προσκυνηο), significa echarse sobre la panza, como hace un perro frente a su dueño, que no puede bajar más bajo de su barriga. Piensa que merecemos el ardor de Su ira, sin embargo fuimos admitidos en Cristo adorarle, y además nos enseña como hacerlo, por la sencilla razón de que se agrada que le adoremos, y nos indica que lo hagamos en humildad.

Cuando pensamos cómo adorarle espiritualmente con todo el alma, surge en la mente un claro sentido de impotencia, y al mismo tiempo nos preguntamos, dónde aprenderemos. En breve, que de manera implícita reconocemos nuestra incapacidad e insuficiencia; mantener ese perfil de pensamiento cuando nos disponemos adorarle sería cultivar humildad. Un caso: “Abraham replicó y dijo: He aquí ahora que he comenzado a hablar a mi Señor, aunque soy polvo y ceniza.” (Gen.18:27). Cuando uno tiene comunión con Dios, por necesidad surgen en uno pensamientos de nuestra bajeza. Esto ocurre en un corazón regenerado aun cuando haya hecho una gran proeza; mire el caso de David: “Además de esto, por cuanto tengo mi afecto en la casa de mi Dios, yo guardo en mi tesoro particular oro y plata que, además de todas las cosas que he preparado para la casa del santuario, he dado para la casa de mi Dios: tres mil talentos de oro, de oro de Ofir, y siete mil talentos de plata refinada para cubrir las paredes de las casas.” En tiempo presente el rey dio unos quinientos millones de dólares en oro y plata; y el Señor se agradó en la ofrenda de David, y lo sabemos por la reacción del rey, se humilló, o tuvo pensamientos bajos de sí mismo: “¿Quién soy yo, y quién es mi pueblo, para que pudiésemos ofrecer voluntariamente cosas semejantes? Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos.” (1Cro.29:3-4,14). Mientras más espiritual es un hombre y su adoración, más humilde será.

Pregunta: ¿En que ocasión los ángeles y el hombre se apartaron del Creador? Cuando el cómodo orgullo se posó en sus pechos. Entonces un corazón humilde es el inicio de una santa adoración, o un sincero sentido de nuestra insuficiencia. Entiéndase, pues, que un tiempo de adoración es un tiempo de comunión con Dios. Recordemos el caso del hijo de Isaí que pecó escandalosamente, pero luego de su profunda humillación y experiencia sacó esta beneficiosa conclusión: “Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios.” (Sal.51:17). Esto es, que el corazón humilde recibe con facilidad poder suficiente para adorar, puerta franca para entrar a la habitación divina, y ser de agrado al Creador. No es posible adorar por uno mismo, esto se hace cuando Cristo mismo nos introduce y guía a esta sublime obra, y El admite a la Presencia del Padre, sólo y únicamente al manso y humilde de corazón.

Sólo en el Nombre de Cristo. Veamos este versículo: “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre.” (Heb.13:15). Este así que es una expresión de conclusión o aplicación, y aquí el escritor parece aplicar lo que ha dicho anteriormente, y es interesante que al mencionar a Cristo como la ofrenda por el pecado señala la alabanza como el asunto principal en la adoración evangélica: “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza.” Y ciertamente lo es, ya que la oración es motorizada por nuestras necesidades, pero la alabanza es por amor a Cristo no tanto a uno mismo. Tenemos muchos más razones de amar a Dios o darle gracias, que orar, porque tal cual el ladrón en la cruz nada necesitamos más que la salvación. Adorar a Dios es muchísimo más importante que atender nuestras necesidades, sobre todo sabiendo que responde las oraciones mucho más allá de lo pedimos o pensamos. La alabanza es más adoración que orar. Es Cristo y sólo El quien espiritualiza nuestros sacrificios de adoración y sea acepta ante Dios. Todo lo que tenemos de Dios vino por medio de la Sangre de Cristo, y volvemos a El sólo por los méritos del Señor Jesús. Por medio de Su Muerte se nos dio la vida, y por Sus meritos son aceptas nuestra ofrendas. En esto de sacrificio es Cristo quien hizo sacrificio por el pecado, el Creyente hace sólo hace sacrificios espirituales, y hechos en el altar del corazón en el Nombre de Cristo; note la explicación: “Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios.” (v16).

Vuelvo a leer: “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza.” Se indica la ocasión: “Ofrezcamos siempre a Dios.” El sentido del texto no es tristeza, ni lamento, ni censura, sino alegría, o que nuestra adoración a Dios ha de ser un constante agrado en el corazón, y si no se experimenta, entonces recorramos el mismo camino que recorrió el escritor hasta ese estado de

delicia: “El Evangelio, Cristo y el Nuevo Pacto”, o que si se considera lo que esto representa para cada uno de los que le confían, el efecto obligado será gozo. De manera, pues, que este verso en Hebreos nos dice dos asuntos, a saber: Por un lado, que la adoración a Dios es esencialmente alabanza, y por el otro, deleitosa.

Las alabanzas. El gran fin de la adoración, no es tanto el beneficio del hombre, sino el honor de Dios, nótese: “Ofrezcamos siempre alabanza” una persona pudiera rogar el favor divino, pero esté, seguro que aun siendo correcto, no es tanto por el Creador, sino para el provecho humano, pero la alabanza tiene otros colores muchos más gloriosos: “El que sacrifica alabanza me honrará... Te alaben los pueblos, oh Dios; Todos los pueblos te alaben. La tierra dará su fruto; Nos bendecirá Dios, el Dios nuestro.” (Sal.50:23; 67:5-6). Esto es, que mientras más uno alaba a Dios más seremos beneficiados. En nuestra región se han hecho varios lagos artificiales por las represas de agua, y los expertos dicen que por esa situación en el Cibao ahora llueve mucho más que hace cincuenta años, ya que tenemos más evaporación. Así mismo es Dios con el Creyente, mientras más suba el vapor de nuestras alabanzas al Cielo, más lluvias de bendiciones tenemos, y cuando hay más bendiciones, entonces más alabamos. Es un círculo beneficioso.

De manera, que la alabanza, sea pública o privada, es la parte más excelente de la adoración evangélica, es un altísimo honor que hombres pecadores redimidos por la Sangre de Cristo puedan dar bendiciones al Creador de los Cielos y la tierra; así lo exhorta el escritor a los Hebreos: “Así que, ofrezcamos siempre a Dios” es un tan y tan grande que Dios en Su bendita Gracia, que no necesita nada ni de nadie, nos da el privilegio que le bendigamos, o que hablemos bien de El, y agradarse en ello: “Ofrezcamos.” Como si el Señor necesitase nuestros cánticos espirituales, cuando de cierto no lo necesita, sino que llama a proclamar Sus infinitos atributos. Estando sobre la tierra se nos concede la ventaja de obrar como los ángeles y los Creyentes glorificados, alabar a nuestro Gran Dios y Salvador Jesucristo. Comentando sobre esto el puritano Manton dijo: ‘Los otros deberes cristianos son más acordes con nuestro estado imperfecto, tal como el oír la predicación y el orar pidiendo el alivio de nuestra necesidades, pero la alabanza es más propio con el estado perfecto que tendremos. El amor es la Gracia del Cielo, y la alabanza el deber en el Cielo.’

Pregunta: ¿Qué atributo de Dios estimularía más la alabanza? Su bondad; mírelo: “Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo mediante su propia sangre, padeció fuera de la puerta.” (v12) Esto es que pagó por nuestros pecados, o Su bondad. Añade el don del Paraíso: “Porque no tenemos aquí ciudad permanente, sino que buscamos la por venir.” (v14). Luego de habernos motivado con esos poderosos argumentos, lo aplica: “Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesen su nombre.” Note el orden: La bondad de Dios dándonos a Cristo, el Paraíso, y Cristo otra vez. Y David para estimular la alabanza hace lo mismo: “Te alabaré con todo mi corazón; Delante de los dioses te cantaré salmos. Me postraré hacia tu santo templo, Y alabaré tu nombre por tu misericordia y tu fidelidad.” (v1). Ahora preguntémosle, por qué se siente tan motivado de cantarle a Dios, y responde: “Porque has engrandecido tu nombre, y tu palabra sobre todas las cosas. El día que clamé, me respondiste; Me fortaleciste con vigor en mi alma.” (Sal.138:1-3). En otro lugar el cantor de Israel agrega: “Porque mejor es tu misericordia que la vida; Mis labios te alabarán.” (Sal.63:3). Y sobre esto, Charnock escribió: ‘El sentido de la bondad del Señor hará que le amemos y estimularía nuestra adoración; pero si no consideramos Su bondad, no tendríamos mente para pensar en El, ni para alabarle; estaríamos viéndole como un tirano imponiendo el canto, y no habrán buenos afectos para cantarle con el corazón.’ Por experiencia sabemos que nuestra necesidades fácilmente nos ponen sobre nuestras rodillas o en oración, pero alabar requiere sentir amor a Dios, y eso es algo mucho más difícil, pero más excelente, ya que hablaría no tanto de nuestras carencias, sino de nuestro amor y deleicia en Dios; una Gracia más escasa.

Vuelvo al verso en Hebreos, y enfoquemos: “Así que, ofrezcamos siempre a Dios.” (Heb.13:15). Esto es, que nunca dejemos de alabarle, ya que es medular en la adoración, o que hay una continua ocasión de adorar al Señor con cánticos espirituales. Este constante alabar es posible verlo en toda la Biblia. En el AT: “Bendeciré a Jehová en todo tiempo; Su alabanza estará de continuo en mi boca... Sea llena mi boca de tu alabanza, De tu gloria todo el día... Siete veces al día te alabo A causa de tus justos

juicios.” (Sal.34:1;71:8; 119:164). En el NT es semejante: “Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo... Y los cuatro seres vivientes tenían cada uno seis alas, y alrededor y por dentro estaban llenos de ojos; y no cesaban día y noche de decir: Santo, santo, santo es el Señor Dios Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir.” (Efe.5:20;Apo.4:8).

Hoy completamos el II punto, o la Esencia de la adoración Evangélica, y vimos: Que la adoración correcta es reverente, uno hace conciencia de que Dios está infinitamente arriba, y uno profundamente abajo. Esto conduciría a la humildad, o tener un claro sentido de nuestra incapacidad e insuficiencia. Por último se dijo, que el gran fin de la adoración, no es tanto el beneficio del hombre, sino el honor de Dios, y en esto la alabanza tiene colores gloriosos, o que el cántico espiritual es la parte más excelente en aquello de adorar a Dios en espíritu y en verdad.

APLICACIÓN

1. Hermano: Tu principal obra de adoración a Dios consiste básicamente de imitación. Cuando se dijo que la bondad del Señor nos mueve adorarle se probó mostrando el favor de Cristo al salvarnos del pecado; luego el don del Paraíso, para aplicarlo con la adoración, e inmediatamente después el escritor divino exhorta: “Y de hacer bien y de la ayuda mutua no os olvidéis; porque de tales sacrificios se agrada Dios.” (Heb.13:16). Esto es, imiten la bondad de Cristo. La gloria de Dios es perdonar, adórale siendo compasivo con tu prójimo. La gloria de Dios no es tanto recibir, sino dar; imítale siendo generoso con tu prójimo. La gloria de Dios es con el pobre; imítale no prefiriendo al rico, sino amando a los pobres de Cristo. Sea tu realce asociándote con el humilde; no te afanes por ser impresionante o teatral, sino sencillo y sincero de corazón. Imita a Cristo, no seas vengativo como una fiera, sino bondadoso: “No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal.” (Ro.12:21).

Ahora considera esta exhortación divina: “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto.” (Mat.5:48) El Creador no sería un Dios perfecto sin Bondad; tampoco hay Cristiano perfecto sin amabilidad. Así como la bondad corona las perfecciones divinas, el amor es la gloria de todas las virtudes cristianas. Entonces tu principal obra de adoración a Dios consiste básicamente en imitarle.

2. Hermano: La humildad es una virtud de adoración a Cristo. Ten presente y no olvides, que Cristo vino a salvar y en eso hemos de imitarle. Cuando te humillaste por tu pecado, te perdonó y luego te levantó hasta el Cielo. En el Paraíso hay una silla con tu nombre. Recuerda que EL no rebajó la mujer samaritana sino que con terapia divina la exaltó.

Hay personas que siempre están inclinadas a tratar de bajar a los que están por encima de ellos, de degradarlo, pero nunca se ocupan de promover a los que están por debajo. Eso no sería adoración a Dios, tampoco que te quejes en tu corazón contra los que no te distinguen. El espíritu de humildad te prevendrá contra ambos extremos; trata de igualar los demás como él es, como también estimula el reconocimiento y respeto para quienes son sus superiores. El humilde no desea que todos estén al mismo nivel, pues sabe que en un mundo pecador eso no es posible, sino que es necesario que la sociedad tenga diferentes niveles de autoridad o estima. Dios se Agrada más en la diversidad que en la igualdad. Esta es, pues, tu cuota de adoración: “Revestíos de humildad; porque: Dios resiste a los soberbios, Y da Gracia a los humildes.” (1Pe.5:5).

AMÉN